

XL

PARÍS DURANTE LA EXPOSICIÓN

Antes de hablar de la residencia de la reina de Inglaterra en Francia, diremos una rápida ojeada sobre el espectáculo que París presentó desde el 15 de mayo de 1855, día de la apertura de la Exposición universal, hasta el 18 de agosto, día de la llegada de la reina. Jamás, en ninguna época de su historia, se había visto la gran capital tan brillante y tan animada.

El 26 de mayo llegó á París el rey de Portugal, dándose así la señal de las visitas de soberanos, que tan frecuentes debían ser en tiempo del segundo Imperio.

D. Pedro V, rey de Portugal, no tenía aún diez y ocho años. Nacido en Lisboa el 16 de septiembre de 1837, había ocupado el trono en 15 de noviembre de 1853, al morir su madre, la reina doña María II; y su padre, el rey Fernando, príncipe de Sajonia Coburgo Gota, había desempeñado la regencia. D. Pedro iba acompañado de su hermano Luis, duque de Oporto, nacido el 31 de diciembre de 1838 (aquel que fué rey en 1861, casó en 1862 con la princesa María Pía, hija del rey de Italia, Víctor Manuel, y murió en 1889, dejando la corona á su hijo Carlos, que ahora reina en Portugal).

D. Pedro y su hermano sedujeron al pueblo parisiense. Recibidos en la estación por el príncipe Napoleón, dirigieronse á las Tullerías, donde el emperador los esperaba al pie de la escalera del pabellón del Reloj y les condujo á las habitaciones que ocuparon en el pabellón de Marsán. El 4 de junio pasaron á caballo una gran revista que el emperador dispuso en su obsequio en el Campo de Marte, y á la cual asistieron la emperatriz y la princesa Matilde, ocupando el balcón de la Escuela Militar.

El verano es generalmente en París la estación muerta; pero el de 1855 tuvo un brillo incomparable. Jamás los teatros habían conocido semejante prosperidad. Verdi acababa de llegar para presidir los ensayos de una ópera, cuya primacía daba á nuestra primera escena lírica, siendo Scribe el autor del libreto. Preciso es confesar que el asunto se había elegido singularmente y contrastaba de una manera extraña con el carácter pacífico de una Exposición universal. La nueva ópera tenía por título *Las Vísperas Sicilianas*. Recordar ante dos naciones que acababan de contraer una alianza íntima é iban á combatir juntas en Crimea una matanza en que la sangre francesa corrió á torrentes, no en el campo

de batalla, sino en las calles, en las casas y en las iglesias de una ciudad de Italia, era una idea que carecía en absoluto de oportunidad. No por eso fué menos notable el triunfo del maestro italiano. Yo asistía el 13 de junio de 1855 á la primera representación, que fué magnífica. En el final del segundo acto hay una de esas antítesis musicales de las que solamente tiene el secreto el autor de tantas obras maestras: en primer término de la escena varios conspiradores profieren gritos de odio y de cólera, mientras que por el fondo pasa una barca ricamente empavesada, donde brillantes caballeros y hermosas damas, recostados sobre almohadones de terciopelo púrpura y tapices de Esmirna, cantan una barcarola deliciosa. Aquella escena produjo en los espectadores viva emoción, y al fin del acto, Verdi, saludado por entusiastas aclamaciones, debió presentarse ante el público. Aún me parece oír el eco de la voz de los italianos gritando *Viva Verdi*, ese grito precursor de otro: *Viva Vittorio Emmanuele Re d'Italia*. Sofía Cruvelli, muy bien secundada por Gueymard, Obin y Bonnehee, fué en extremo aplaudida y cantó de una manera maravillosa el chispeante bolero «Gracias, jóvenes amigas.» Scribe, venciendo la dificultad con su acostumbrado talento, tuvo cuidado de que la matanza quedase entre bastidores. No se censuró á los autores por el desacertado asunto que habían elegido, y Verdi fué nombrado oficial de la Legión de Honor.

Por lo demás, todo debía ser cuestión de contraste durante aquella Exposición universal, solemnidad pacífica cuyas pompas se desplegaban en plena guerra.

Algunos días después la Opera Cómica reproducía una ópera de Meyerbeer, *La Estrella del Norte*, que es como la apoteosis de un tsar, de Pedro el Grande.

El gobierno francés, aunque tomando en París por consigna los placeres, no perdía de vista los asuntos serios. Se habían hecho indispensables nuevos sacrificios de hombres y dinero. En las Tullerías se abrió una sesión legislativa extraordinaria, en la sala de los Mariscales, el 2 de julio de 1855, y Napoleón III pronunció un discurso del trono que los senadores y diputados acogieron con entusiasmo. Si la guerra de Crimea hubiese ocurrido diez años más tarde, es decir, en una época en que la oposición existía en Francia, las dificultades, las lentitudes y las angustias de aquella lucha gigantesca hubieran suscitado objeciones ó críticas; pero en 1855 nadie pensaba en contradecir al emperador. Así explicaba éste en su discurso la ruptura de las negociaciones diplomáticas con Viena: «Austria nos ha propuesto garantizar con ella por un tratado la independencia de Turquía, considerando en lo sucesivo como *casus belli* el caso en que el número de buques de Rusia exceda al que existía antes de la guerra. Aceptar semejante proposición era imposible, pues no ligaba en nada á Rusia, y muy por el contrario, parecería que sancionábamos su preponderancia en el mar Negro por un convenio. La guerra ha debido seguir su curso.» Esta breve explicación obtuvo un asentimiento unánime.

Napoleón III terminó su discurso con estas palabras: «Rindamos aquí solemnemente un justo tributo á los que combaten por la patria, y asociémonos á su pesar por aquellos cuya pérdida deplora. El ejemplo de tanta abnegación y constancia no se habrá dado inútilmente al mundo. No nos desanimemos ante los sacrificios necesarios, pues bien sabéis que una nación debe, ó renunciar á toda misión política, ó, si tiene el instinto y la voluntad de obrar según su naturaleza generosa, su historia secular y su misión providencial, saber soportar á intervalos pruebas que, únicas para fortalecerla, permitirán que ocupe el lugar que se merece. Confianza en Dios, perseverancia en nuestros esfuerzos, y llegaremos á una paz digna de la alianza de dos grandes pueblos.» Prolongadas aclamaciones contestaron al discurso imperial.

La emperatriz, cuyo embarazo comenzaba, no asistió á la sesión de apertura de las Cámaras, pues había salido de París el 25 de junio para ir al departamento de los Bajos Pirineos, á Eaux Bonnes. Aunque viajaba de incógnito, fué recibida con entusiasmo y por todas partes se levantaron á su paso arcos de triunfo de formas diversas; de modo que en veinte leguas á la redonda aquello fué una avalancha de flores. El *Moniteur* insertaba una carta fechada en Eaux Bonnes el 8 de julio de 1855, en la cual se leía: «La emperatriz ha venido á un país que visitó con frecuencia en otro tiempo, y donde pudo ser conocida, apreciada y juzgada. No exagero al decir que se la adora realmente; su bondad es proverbial, y su caridad como una renta de la que viven años hace familias enteras. En todos los valles de los Pirineos no hay, por decirlo así, una sola persona que no la conozca y á quien no haya tenido ocasión de hablar. No hay quien no la ame. Como ha venido para reposar lejos del ruido del mundo, recibe á muy pocos extranjeros; pero á los campesinos se les permite entrar á veces, y muy pocos se vuelven sin haber podido hablarla y sin llevarse algún recuerdo los más de ellos. A S. M. le sienta muy bien al parecer la residencia en las montañas; ha recobrado sus colores, que habían palidecido ligeramente por las fatigas del invierno; y si bastan para su restablecimiento los aires puros, el contento interior y la dicha de hacer á otros felices, de aquí á poco nada tendrá que pedir al clima benéfico de estas montañas, adonde se viene desde lejos para buscar las fuerzas y la salud.»

En París el brillo de la Exposición aumentaba de día en día, y aun hubo durante el mes de julio representaciones teatrales de excepcional interés. En la Opera, Roger y la Alboni cantaban *El Profeta*, de Meyerbeer; y en la Sala Ventadour, una trágica italiana, la Ristori, era ensalzada hasta las nubes. Tengo el honor de conocer á la ilustre artista, viuda del marqués Capranica del Grillo y madre del marqués actual, gentilhomme de la reina de Italia. Cada vez que la señora Ristori, digna de todos los respetos, viene á París, me complazco en evocar con ella los recuerdos de 1855, y aún me parece oír en la *Mirra*, de Alfieri, y en *María Estuardo*. Estaba verdaderamente sublime. ¡Cómo hacía revivir la heroína de Schiller cuando se presentaba vestida de negro, apoyando su cabe-

za del más puro óvalo sobre su gorguera rizada, con su sombrerito y sus dos trenzas de cabellos rubios recogidas sobre las sienes! ¡Qué ademán tan patético! ¡Qué imprecaciones tan terribles en la famosa escena con la reina Isabel! ¡Después de tantos oprobios y tormentos, qué desquite, qué momento de venganza y de triunfo! Un gran crítico decía: «No creíamos que un pecho humano pudiese producir semejantes acentos.»

En aquel mismo mes de julio la Rachel, que debía marchar á América, dió seis representaciones en el Teatro Francés: *Fedra*, *Los Horacios*, *María Estuardo*, *Poliuto* y *Adriana Lecouvreur*: entre las dos trágicas de Francia y de Italia hubo una generosa emulación. Teófilo Gautier escribía: «Poco faltó para que *Fedra* desapareciese bajo una lluvia de ramos de flores. Por lo demás, nunca había trabajado con tan furiosa pasión. Así como todas las artistas, á medida que avanza en su carrera, la señora Rachel adquiere mayor fogosidad, más ardimiento y violencia; en vez de enfriarse se exalta; por la experiencia se hace más libre, más impetuosa; y lo que expresaba antes con matices, lo indica ahora con un arranque magistral y brillante.»

En el mes de julio se vió también á una trágica septuagenaria casi (nacida en 1786), que había apasionado á varias generaciones y cuyo talento y belleza inspiraron en otro tiempo á Napoleón I una admiración especial: era la señora Georges. Desempeñó en el Odeón el papel de Cleopatra en *Rodogune*, y el de Agripina en *Britannicus*, representando también *Atalia* y *Semiramis*.

«Así como Miguel Angel, escribía Teófilo Gautier, ha tenido la fuerza, esa cualidad suprema del arte — la fuerza en la belleza, — y esto durante medio siglo. No ver á la Georges en esas representaciones, probablemente las últimas, sería un descuido imperdonable. ¡Y qué magnífica ha estado aún, y qué aplaudida por el pasado y el presente!»

¡Cuántas distracciones y atractivos, y qué afán de placeres y de fiestas en aquel París de 1855!

La generación actual está un poco cansada de las Exposiciones universales; mas para los hombres de entonces era un espectáculo lleno de novedad y de interés.

El emperador salió de París el 25 de julio para ir á los Pirineos en busca de la emperatriz, que, partiendo de Eaux Bonnes, fué á reunirse con él en Biarritz. Los dos estaban de regreso en París el 30 de julio.

El santo de Napoleón III se celebró el 15 de agosto, pero con menos ostentación que los dos años anteriores. El emperador había resuelto que las sumas empleadas anualmente por el Estado para esta solemnidad se consagraran en 1855 á dar auxilios á las familias de los militares muertos en el ejército de Oriente.

No por eso dejó de haber representaciones gratuitas en todos los teatros; en la Opera se dió *El Profeta*, en el Teatro Francés *El Misántropo* y *Los Jóvenes*, en el Odeón *Semiramis* y *El Barbero de Sevilla*, en la Opera Cómica *El Prado*

de los *Clérigos* y *El Perro del jardinero*, y en los demás teatros sus piezas más aplaudidas.

A las cinco de la tarde se elevó por los aires en la explanada de los Inválidos un gran globo decorado con oriflamas y las iniciales del emperador. Por la noche se iluminaron los monumentos, y una inmensa multitud de parisienses, de provinciales y de extranjeros se paseó alegre y bulliciosa durante una noche magnífica.

Tres días después la reina de Inglaterra llegaba á París.

XLI

LA LLEGADA DE LA REINA VICTORIA

El viernes 17 de agosto de 1855 Napoleón III salía de París para ir á esperar en Boulogne-sur-Mer á la reina Victoria, que debía llegar al día siguiente. El emperador pasó allí la noche del 17, y en la mañana del 18 fué al campamento ocupado por las tropas al mando del vencedor de Bomarsund, el mariscal Baraguey d'Hilliers. Un testigo ocular, autor de cierto libro titulado *Un inglés en París*, ha hecho las reflexiones siguientes:

«Aquella mañana, más que nunca, el rostro del soberano conservaba una expresión lúgubre é impasible; y sin embargo, hasta para un fatalista como él, ¿no debía parecer algo maravilloso aquel día? ¿Había favorecido jamás á ningún mortal, como le favorecía á él ahora, la ciega diosa de la fortuna, la buena estrella en que tanta fe tenía?... ¡Cómo debían imponerse en su mente los contrastes de su destino durante aquella mañana que pasó en Boulogne, cuando sus legiones, poniéndose en movimiento algunas horas después, tomaron posición desde Wimereux, á la derecha, hasta Portel, á la izquierda, para tributar sus respetos á la soberana de un país que había sido el más irreconciliable enemigo de su casa! ¡Y esto precisamente al pie de aquellas alturas donde quince años antes, el 6 de agosto de 1840, había sido impotente para excitar el entusiasmo de Francia; en el sitio mismo donde se hizo objeto de la irrisión del mundo por la comedia del águila domesticada! Sin embargo, ni un rayo de alegría ó de orgullo iluminó su rostro impasible como el de una esfinge, y permaneció indiferente en medio de los honores más brillantes que el mundo pueda conferir.»

Desde el desembarcadero á la estación (en aquella época los trenes no llegaban hasta cerca de los barcos), dos regimientos de lanceros y de dragones formaron la línea á lo largo del camino, mientras que en el puente que atravesaba el Liana trescientos zapadores de larga barba, con su mandil blanco y el hacha al hombro, hallábanse agrupados en tres filas. Llegado al desembarcadero, el emperador, que había pasado la mañana á caballo, apeóse y esperó de pie á la reina.

A las dos y cuarto, el yate real, *Victoria y Alberto*, entraba en la rada de Boulogne. El emperador atravesó entonces el puentecillo cubierto de terciopelo púrpura y colgado de tapices; la reina le abrazó dos veces y cogióse después de su brazo para desembarcar. S. M. Británica, nacida el 24 de mayo de 1819, pero

que conservaba aún la frescura de la juventud, iba acompañada de dos de sus hijos, el príncipe de Gales, nacido el 9 de noviembre de 1841, y la princesa Victoria, nacida el 21 de noviembre de 1840, actualmente viuda del emperador de Alemania Federico III.

Dejemos la palabra al testigo ocular ya citado, el autor anónimo de la obra *Un inglés en París*: «Un magnífico y espacioso coche, forrado de seda blanca y que podría contener seis personas, esperaba á la familia real; solamente llevaba dos caballos, pero ¡qué magníficos! Napoleón III sabía escogerlos, y en este punto no había perdido el tiempo de su residencia en Inglaterra. El soberano volvió á montar á caballo y colocóse junto á la portezuela de la derecha, mientras que el mariscal Baraguey d'Hilliers se mantenía en la de la izquierda, y el cortejo se puso en marcha en medio de las frenéticas aclamaciones de la multitud, aunque un labriego dijo: — Extraño es que nos hayamos batido como demonios para llegar á esto; si el viejo volviera, la cólera le cegaría. — Y puedo decir que á pesar de la actitud simpática de la población, este era en el fondo el sentimiento general. Un parisiense dijo: — Waterloo está arreglado, pero no vengado.»

Entretanto, la reina podía oír los gritos entusiastas del ejército de cuarenta mil hombres, aglomerado sobre las escarpadas orillas. Los soberanos fueron directamente á la estación, y marcharon al punto por el ferrocarril á París.

Desde por la mañana había mucho movimiento en la gran capital; miles de extranjeros, mezclados con la población parisiense, invadían los bulevares é instalábanse en los mejores sitios, que habían tenido cuidado de asegurarse algunos días antes. La más viva animación reinaba, particularmente en las inmediaciones del nuevo bulevar de Estrasburgo y de la estación del camino de hierro del Este, por la cual debía llegar la reina.

El *Moniteur*, publicado por la mañana, contenía un artículo ditirámico, en el que se decía: «La presencia en Francia de S. M. la reina Victoria será para los habitantes de París la ocasión de manifestar sus sentimientos de afecto y de respeto á la poderosa aliada del emperador, á esa soberana cuyos vastos Estados no cuentan menos de doscientos millones de súbditos.... La reina obtendrá una acogida no menos cordial, no menos entusiasta que la que el emperador y la emperatriz tuvieron en Londres.... ¿Qué prueba más evidente de amistad podía darnos Inglaterra que confiarnos á la vez su querida soberana, que tanto hace brillar en el trono todas las virtudes, y el joven príncipe que debe sucederla? Francia responderá dignamente á esta leal confianza. La acogida dispensada á la reina de Inglaterra se dirigirá también á su augusto esposo, tan íntimamente asociado con sus altos destinos, y que por las raras cualidades de su inteligencia, así como por su noble carácter, ha sabido conciliarse la estimación y el afecto de la nación inglesa. Por el afán que se manifiesta en todas las clases, por los preparativos que se hacen al paso de esos huéspedes augustos, fácil es ver que la población comprende todo el alcance de ese gran acontecimiento, que se

asocia con alma y corazón á los sentimientos del emperador respecto á su fiel aliada, y que la llegada de la reina de la Gran Bretaña á París será un día de regocijo para la Francia entera.»

Asistí á la entrada de la reina, así como á las fiestas que se dieron en su honor, y voy á referir los detalles.

La línea férrea del Norte se enlazó con la del Este inmediatamente después de las fortificaciones, y de consiguiente, en la estación del Este debía efectuarse la llegada. Sobre una parte de la vía se ha levantado un estrado, que es una espesura de follaje y de flores, y el lado derecho de la acera donde la reina debe apearse está flanqueado de jardineras. En la extremidad de la estación hay un vasto espacio cuadrado que se reserva para las personas invitadas, y sobre la arcada central se ve un magnífico escudo con las armas de Inglaterra. Los otros arcos y las columnas que los separan tienen por adorno blasones que representan las ciudades de Francia, trofeos, guirnaldas, águilas con las alas desplegadas, monogramas de la reina Victoria y banderas francesas é inglesas. En el vestíbulo hay grandes cajones con naranjos, granados y laureles rosa; el patio está circuido de mástiles empavesados, y en ambas extremidades de la verja hay dos inmensos canastos de flores. Dirijamos ahora una mirada al camino que la reina debe recorrer desde su entrada en París hasta llegar al palacio de Saint-Cloud: los bulevares, la calle Real, la plaza de la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, la avenida de la Emperatriz y el Bosque de Boulogne. En todo el trayecto — una extensión de catorce kilómetros — se ven las tropas formando dos líneas, la guardia nacional á la derecha y el ejército á la izquierda. Desde el principio de los bulevares hasta los Campos Elíseos, balcones, ventanas y terrados reboaban de espectadores. En los almacenes, los aparadores de costumbre se han sustituido por estrados que se improvisaron durante la noche y donde se agolpan varias filas de curiosos. Por doquiera la multitud es inmensa, y en todas partes se ven casas adornadas, mástiles venecianos con banderas, escudos, emblemas y divisas. En el bulevar San Martín hay cuatro mástiles gigantes que dan frente á la estación de Estrasburgo, y en el bulevar Bonne Nouvelle otros dos, unidos por un cable adornado de banderas de las cuatro naciones aliadas, Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña. En la esquina de la calle de Richelieu se ven dos columnas rematadas en águilas, y entre las calles Le Peletier y Favart elevase un arco de triunfo hasta la altura de los pisos cuartos de las casas vecinas; el interior de este arco está cubierto de colgaduras púrpura sembradas de abejas, y en la cima hay águilas colosales que sostienen con sus garras escudos enormes donde brillan los monogramas entrelazados de la reina y de los soberanos franceses. Delante de la Opera Cómica se ve un obelisco cuya base es la reproducción en miniatura del palacio de la Industria; y delante de la Magdalena dos grandes estatuas alegóricas, elevadas á expensas de la guardia nacional y que representan á Francia é Inglaterra. En todo el trayecto una compacta multitud se mantiene detrás de la doble fila de tropas, esperando horas

enteras para poder contemplar el cortejo cuando pase. El tiempo es magnífico, el sol brilla esplendoroso, y á pesar de la larga espera no se ha desanimado la multitud.

Son las siete de la tarde, y la estación del Este se ilumina; los candelabros dorados, las arañas y las lámparas brillan. A las siete y veinte minutos resuenan veintiún cañonazos, y el tren real é imperial llega. El general de Lawoestine, en nombre del 9.º batallón de la guardia nacional, que está de servicio en la estación, ofrece á la reina un magnífico ramo, y las músicas militares tocan el *God save the Queen*.

La reina de Inglaterra toma asiento en una carretela descubierta á la Daumont, tirada por cuatro caballos; á su izquierda está su hija, la princesa Victoria, y en la parte anterior del coche el emperador, vistiendo el uniforme de general de división, y el príncipe Alberto de feld-mariscal. En la segunda carretela van el príncipe de Gales y el príncipe Napoleón, y en los demás coches la marquesa de Ely y lady Churchill, damas de honor; lord Clarendon, ministro de Relaciones exteriores; lord Bredalbane, gran chambelán, y lord Cowley, embajador de Inglaterra.

Fuera de la estación esperaba una comisión de alumnos de la Escuela Politécnica que habiendo tenido parientes muertos delante de Sebastopol, llevaban una gasa negra en el brazo. La reina, á quien el emperador los señalaba, los miró con interés.

En toda la extensa carrera van á resonar las aclamaciones, los gritos de «¡Viva la reina de Inglaterra! ¡Viva el emperador! ¡Viva el príncipe Alberto!» La soberana, que viene por primera vez á París, no deja de admirar el mágico espectáculo que la incomparable capital presenta. En el momento en que el día comienza á declinar se encienden los faroles de los coches; una repentina iluminación brilla en todo el camino y precede al cortejo como una línea de llamas.

Los bulevares, la calle Real, la plaza de la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos y el arco de triunfo de la Estrella resplandecen, y se entra en el bosque de Boulogne, que iluminado por mil luces se parece á los jardines de Armida. Jamás hubo noche más radiante.

A las nueve menos cuarto llega la comitiva al palacio de Saint-Cloud; los tambores redoblan, los clarines resuenan, y las aclamaciones se mezclan con el estrépito de las salvas de artillería.

La emperatriz, la princesa Matilde, los oficiales y las damas de servicio esperan á los augustos viajeros al pie de la gran escalera de columnas de mármol, por la cual sube el cortejo después de entrar en el palacio. En los peldaños de aquella están de pie, como cariátides, los cien guardias, cuyo soberbio aspecto recuerda á la reina Victoria su regimiento preferido, *life guards*. Después vuelven á las grandes habitaciones, el emperador presenta á S. M. B. á los ministros, los oficiales superiores y los de su cuarto militar. Atraviesan el salón de Marte, la ga-

lería de Apolo, donde se ostentan los frescos de Mignard, y entran en el salón de Diana, donde se sirve la comida con un lujo maravilloso. Después vuelven á las grandes habitaciones, donde SS. MM. permanecen hasta las once. El mariscal Magnán dice á la reina que la población parisiense jamás había manifestado semejante entusiasmo, ni aun en los tiempos de Napoleón I. Desde las ventanas se divisa un espectáculo magnífico; Saint-Cloud y Boulogne están iluminados; París parece en el horizonte como un gigante echado en medio de la luz.